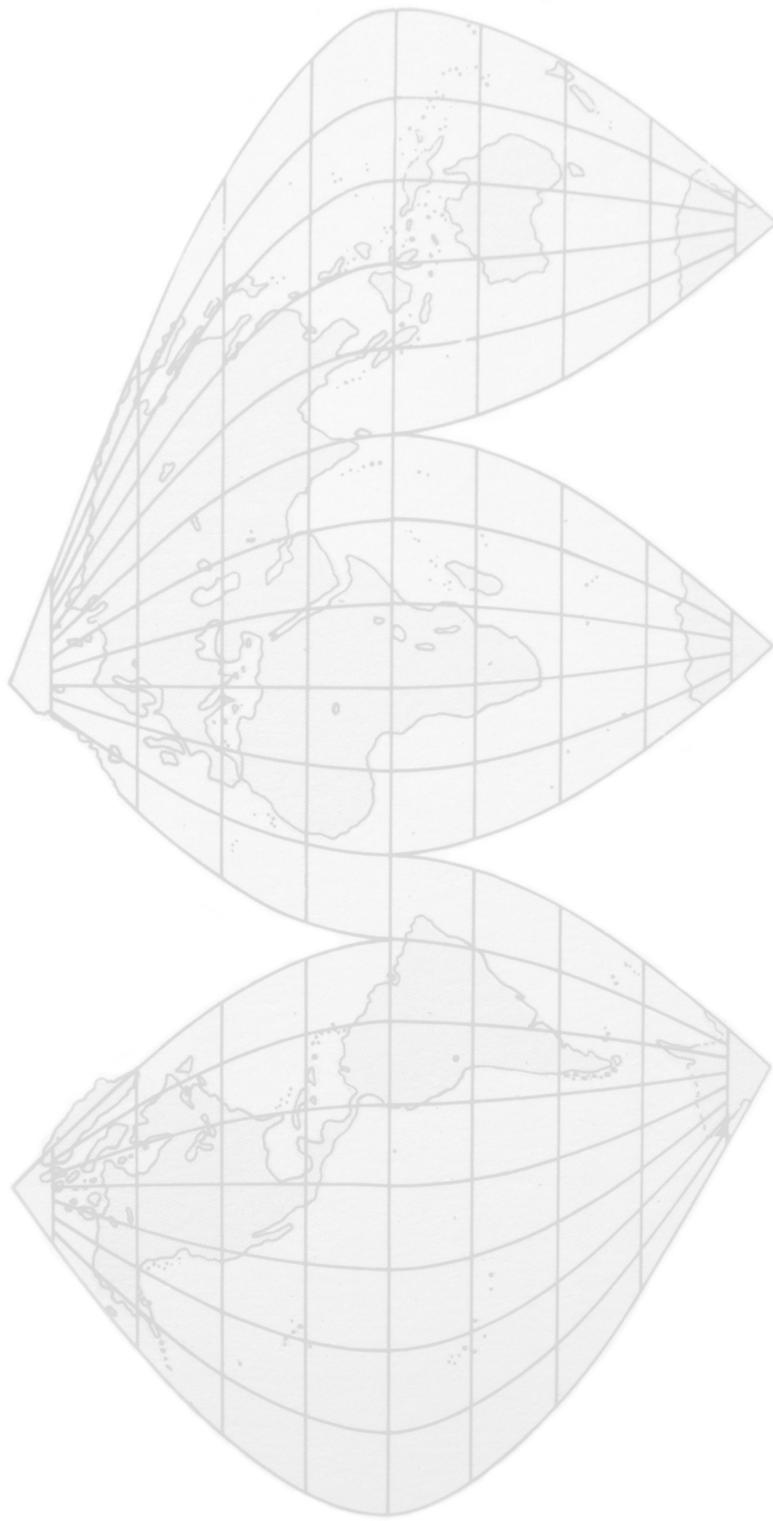


# REVISIONES

**Revista de Historia de El Puerto** tiene por objetivos: 1) contribuir al conocimiento científico de la historia de El Puerto de Santa María en el marco de las historias nacional y universal y 2) contribuir con estudios de historia local de El Puerto de Santa María al conocimiento científico de las historias nacional y universal.



**Precisiones en torno a la edad y la industria de El Aculadero (El Puerto de Santa María, Cádiz)**

**Santonja, M. y Pérez-González, A.**

Mata Almonte, Esperanza (coord.) *Cuaternario y Arqueología. Homenaje a Paco Giles Pacheco*. Coeditan ASPHA y Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Cádiz., 2010, pp. 19-26.  
ISBN: 978-84-614-2206-7

El capítulo de libro que vamos a reseñar se corresponde con el estudio y la revisión cronoestratigráfica de El Aculadero, uno de los yacimientos paleolíticos más emblemáticos y conocidos de El Puerto de Santa María, en la Península Ibérica.

El Aculadero saltó a la fama como consecuencia de que fue atribuido en un principio a un Paleolítico Inferior Arcaico por Bordes y Viguier (1971) y Tribault (1975), para poco después, redefinirse por parte de Querol y Santonja (1983) como un Pre-achelense o a una etapa sin bifaces del Achelense dentro de un Pleistoceno

medio, convirtiéndolo en esas fechas, e independientemente de las apreciaciones terminológicas, en uno de los yacimientos más antiguos de la Península Ibérica y de Europa. Estas cronologías, unido al respaldo científico ofrecido por el mismísimo Bordes, Director del Instituto de Estudios Cuaternarios de Burdeos, y a la publicación de El Aculadero en revistas de alto prestigio y difusión convirtieron a este yacimiento en un referente europeo para comprender el primer poblamiento humano de Europa durante el Pleistoceno Inferior.

La asociación a estas cronologías relativas de El Aculadero se realizó basándose en criterios tecno-tipológicos y cronoestratigráficos, ante la imposibilidad de llevar a cabo en esos momentos un marco referencial cronológico al resultar negativas las muestras por TL obtenidas durante el proceso de excavación.

La presencia de productos líticos semejantes a los de El Aculadero en el extremo norte del continente africano, y en concreto en la región de Casablanca gracias a los estudios de Biberson (1961), llevó a sus investigadores a retomar y relanzar la vieja hipótesis de posible vía de comunicación entre ambos continentes a través del Estrecho de Gibraltar. Propuesta que actualmente también se está intentando contrastar gracias al desarrollo de diferentes proyectos de investigación a ambos lados del estrecho.

El estudio del yacimiento de El Aculadero también se convirtió en un referente durante la década de los ochenta gracias a la aplicación de ciertos principios teórico-metodológicos vinculados a la tradición anglosajona preocupada en

una interpretación más socioeconómica que tecnotipológica de estos sitios, y que sin duda eran pioneras en nuestro país para el estudio de los yacimientos paleolíticos. Nos estamos refiriendo a la preocupación por los problemas tafonómicos relacionados con la formación del yacimiento, y donde se intentaba explicar el carácter postdeposicional del mismo y la posible desaparición de los productos líticos de menor tamaño; o la interpretación funcional a través de un análisis geográfico del sitio, donde El Aculadero se explicaba como un sitio de larga ocupación o de varias de menor duración por medio del análisis de la distribución espacial de los productos arqueológicos localizados.

Sin duda, por todas estas cuestiones, El Aculadero se convirtió en un sitio de referencia para los estudios del Paleolítico, y donde no sólo interesaba su propuesta de altas cronologías y su posible relación con el continente africano, sino también la aplicación teórica-metodológica que se estaba desarrollando.

El yacimiento de El Aculadero se fue “rejuveneciendo” a medida que se iban multiplicando, tanto a nivel geológico como arqueológico, los estudios paleolíticos en el entorno inmediato. Llegando algunos investigadores como Vallespí (1994) a identificarlo como un posible Musteriense de tradición Achelense, dentro de un Paleolítico Medio. Y razón no le faltaba, ya que un análisis más pausado de sus productos líticos, tal como propondrán sus propios excavadores y otros investigadores, permitió comprobar como junto a los cantos tallados, causa de su adscripción como pre-achelense por tipología, existía un porcentaje bastante significativo de núcleos discoides, algunos con una configuración periférica parcial, y otros claramente levallois.

Este hecho nos lleva a plantear como un sitio arqueológico no debe ser definido históricamente exclusivamente por los objetos finales de una cadena operativa (herramientas de trabajo), donde su presencia o ausencia están relacionadas con aspectos funcionales o de localización espacial dentro de un sitio arqueológico, sino fundamentalmente por las distintas estrategias y métodos de explotación identificadas en cada conjunto.

Estas cronologías más recientes han sido refrendadas en el trabajo que hoy reseñamos, no sólo gracias a la contextualización histórica de El Aculadero en el marco de las investigaciones desarrolladas en la zona en los últimos años, especialmente en el río Guadalete, banda atlántica de Cádiz y el Campo de Gibraltar; sino también por la revisión de la secuencia estratigráfica y de las características de los productos líticos, y especialmente porque se han podido obtener una serie de dataciones absolutas.

Las muestras para las dataciones absolutas se han obtenido en puntos próximos a la zona excavada en 1973-1980, ya que ésta desapareció tras la construcción del puerto deportivo. De las cuatro muestras para dataciones por luminescencia óptica estimulada (OSL), las dos que más nos interesan son la Muestra D con  $110.507 \pm 7.481$  años B.P. (obtenida en unas arenas amarillas por debajo del paleosuelo rojo) y la Muestra C con  $62.914 \pm 5.094$  años B.P. (obtenida en una duna cementada por encima del nivel de cantos con productos líticos).

En definitiva, la nueva relectura estratigráfica, el método de talla discoide dominante y con presencia levallois y las dataciones absolutas obtenidas confirman una nueva adscripción de El Aculadero al modo técnico 3 (posiblemente Paleolítico Medio Antiguo) para el Sur de la Península Ibérica, que sin duda alguna enriquecen nuestro conocimiento sobre este tipo de yacimientos y facilitan la explicación de otros sitios con las mismas características, y problemas, en la banda atlántica de Cádiz.

**Vicente Castañeda Fernández**  
 Profesor de Prehistoria  
 Universidad de Cádiz

**El tránsito Bronce Final-Hierro en la campiña gaditana (El Puerto de Santa María, Rota y Sanlúcar)**

**Paloma Bueno Serrano**

MATA ALMONTE, ESPERANZA (coord.) *Cuaternario y Arqueología. Homenaje a Paco Giles Pacheco*. Coeditan ASPHA y Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Cádiz, 2010, pp. 245-252.

ISBN: 978-84-614-2206-7

La arqueóloga Paloma Bueno recupera en este interesante artículo, para la investigación del período de tránsito entre el Bronce Final y el Hierro Antiguo, el estudio realizado para su Memoria de Licenciatura de 1998. Se trata del análisis del patrón de asentamiento de la cuenca del arroyo Salado en las campiñas de El Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda y Rota, a través de los materiales arqueológicos obtenidos en una serie de prospecciones superficiales y depositados en el Museo Municipal de El Puerto de Santa María. Es un territorio ubicado en la Bahía de Cádiz y por tanto inherente al impacto colonizador fenicio acaecido en esta etapa.

La autora nos invita a conocer el estado de las investigaciones en los años en que realizó el pormenorizado estudio, entre 1995 y 1997, y que hoy en día suponen una base de datos fundamental para los análisis de territorio y de evo-

lución histórica del poblamiento en la Bahía de Cádiz, para esta etapa de interacción entre el mundo autóctono y el agente colonizador. Paloma Bueno, demanda, en cierta manera, una mayor definición de la cultura autóctona tartésica alejada de su caracterización como receptora pasiva ante la llegada de los colonizadores orientales y que ante la escasez de datos en esos años, era preciso dar a conocer el registro material de un área poblada a la llegada de los fenicios en el s. VIII a.C.

Del mismo modo, plantea como finalidad del artículo aproximarse a un conocimiento más amplio de los grupos humanos del territorio tartésico, que la autora define como alentadores de la fundación de las *Gadeira*; al igual que acercarse a la comprensión del paisaje, a las características del patrón de asentamiento y a los rasgos definidores de la cultura material de este período. No desatien-de en su exposición la metodología aplicada en el estudio, basada en la elección de un espacio geográfico, la cuenca del arroyo Salado, donde se ubican un total de doce yacimientos en laderas de colinas, adscritos cronológicamente al período de tránsito entre el Bronce Final y el Hierro Antiguo con antecedentes desde el Neolítico Final.

Resume Bueno Serrano en la parte central del artículo una serie de propuestas que constituyen la estructura de su hipótesis, acerca del modelo de asentamiento en este espacio determinado del arroyo Salado. Deduce, en primer lugar, una importante densidad de población en el área de estudio, donde el patrón es similar a las pautas de elección de asentamientos observadas en otras comarcas de Andalucía, en especial las cercanas al *Sinus Tartesius*: lugares elevados junto a la costa y zonas de campiña, cercanos a cursos fluviales y vías de comunicación. De igual forma, analiza los antecedentes cronológicos de varios de los yacimientos, algunos desde el Neolítico final pero sobre todo desde el Calcolítico y Bronce Tardío. Detecta un primer crecimiento en el siglo IX a.C., con la aparición de los yacimientos de Cortijo de Santos Reyes, Salado y Campillo. Sin embargo, entre los s. VIII y VII a.C. es cuando se percibe un importante incremento poblacional de algunos de ellos (Bulé, Vaina, Grañina y Villarana), perdurando en algunos casos hasta época turdetana. Teoriza, además, sobre los modelos habitacionales en cuanto al tipo de estructuras construidas posiblemente en los poblados. En este caso realizadas con materiales perecederos y cita los ejemplos de los yacimientos de Pocito y Campillo para describir otros elementos utilizados, como son el tapial y el adobe y para diferenciar las cabañas circulares u oblongas de tradición autóctona, de las estructuras de planta rectangular de influencia oriental.

La descripción y análisis de las fuentes de recursos es otra de las propuestas expuesta por la autora. Del registro arqueológico de los elementos líticos, relacionados con tareas agrícolas (dientes de hoz, molederas,...etc.) y de los restos óseos de fauna doméstica (bóvidos y carpidos), concluye una explotación de la tierra de una zona dotada de excelentes suelos agrícolas complementada con la ganadería. Otras actividades secundarias que la investigadora apunta para el sostenimiento de la economía de estos poblados serían la práctica de actividades cinegéticas, la recolección de mariscos, la pesca y el comercio.

Defiende en su última propuesta el fuerte peso en la cultura material (exclusivamente cerámica) de la tradición autóctona, aunque con particularidades propias vinculadas a la cultura del Bajo Guadalquivir, donde las formas, la decoración y las pastas de los objetos cerámicos estudiados nos recuerdan piezas de etapas anteriores, presentes desde el Calcolítico y Bronce.

Es manifiesto el interés y la vigencia que conserva este estudio por la información que aporta del registro arqueológico, que aunque ya conocíamos por su Memoria de Licenciatura, es ahora cuando se dará mayor difusión a los resultados obtenidos del estudio de los materiales de un número considerable de yacimientos arqueológicos de Bronce Final-Hierro Antiguo de esta zona de la Bahía de Cádiz. Y esa documentación arqueológica es clave para comprender la ocupación y transformación de un paisaje anterior a la colonización fenicia, que revela un territorio ya estructurado y suficientemente poblado y explotado, tal y como nos indica la autora en sus conclusiones. Y no menos significativa es la relación que establece con el Castillo de Doña Blanca, al que define como “centro neurálgico” de la zona de estudio, caracterizado por la presencia de un bastión, al igual que otros yacimientos de la cuenca del Guadalete, y que constituiría la existencia en este lugar de un asentamiento del Bronce Final y por tanto, anterior a la llegada de los fenicios. Afirmación ésta defendida por algunos de los investigadores citados por la autora al inicio de su exposición, y que “dotan de contenidos algunas de las lagunas existentes en el panorama investigador”.

**Luis Cobos Rodríguez**  
Arqueólogo  
Patrimonio Cultural y Turismo, S.L.

**Antón Martín Calafate, iniciador de la reactivación del gótico en la provincia de Cádiz, a través de la reedificación de la iglesia Prioral de El Puerto de Santa María en el siglo XVII.**

**Esperanza de los Ríos Martínez**

*Laboratorio de Arte*, Revista del Departamento de Historia del Arte, Universidad de Sevilla, 22, 2010, pp. 165-184. ISSN: 1130-5762.

Siempre resulta satisfactoria la publicación de cualquier estudio científico e historiográfico. En este caso concreto la satisfacción es doble pues, además de referirse a una materia poco tratada a escala local –cada vez más por fortuna– como lo es la historia del arte, la que exponemos en estas líneas se refiere a la Iglesia Mayor Prioral, el templo mayor portuense y uno de los más importantes edificios de El Puerto de Santa María. Una obra muy compleja de la que hasta ahora se ha escrito relativamente poco y que está aún por descubrir para arquitectos e historiadores.

El artículo que recensionamos en estas líneas realiza una importante y necesaria incursión en ella y aborda un momento clave en su proceso edificatorio: precisamente la reedificación que se produce a mediados del siglo XVII, que dio al templo una imagen muy diferente a la original y más cercana a nuestra mirada. No es la primera vez que un investigador trata el tema, pero Esperanza de los Ríos, la autora del mismo, analiza el proyecto de la obra nueva desde un punto de vista algo diferente de lo que se ha venido tratando hasta ahora, y otorga a su autor, Antón Martín Calafate, una originalidad que hasta el momento no se le había reconocido. Y ello lo realiza a través de un trabajo muy bien estructurado en el que, además, se agradece el capítulo final de conclusiones, aunque no sea este el título exacto con el que figura en el estudio.

De los Ríos es una buena conocedora del maestro jerezano que, además de la iglesia de El Puerto, trabajó en otras localidades de la provincia, fundamentalmente en Jerez, también en Conil o Sanlúcar, y en la dirección de obras en la gaditana iglesia de Santo Domingo, sede de la patrona de la ciudad, quizá de sus trabajos menos conocidos. Pero también se ha introducido en el conocimiento de aspectos artísticos de El Puerto de Santa María, como por ejemplo su estudio sobre la posible participación de José de Arce en la puerta del Sol de la misma iglesia Prioral.

Fruto de toda esta trayectoria investigadora son las –sugerentes y bastante clarificadoras por cierto– continuas comparaciones que hace esta autora del pro-

yecto de reedificación del templo portuense con otros edificios jerezanos de la misma época y posteriores –a los que también se halló vinculado Calafate–, sobre todo las que se establecen de forma persistente con la antigua colegial del Salvador, hoy catedral. Lo que demuestra el gran conocimiento que esta especialista tiene de la arquitectura jerezana, sobre todo de los siglos modernos –el siglo XVII, fundamentalmente, y el XVIII–, a la que ha dedicado una buena parte de su trayectoria investigadora, y de la que cuenta con numerosas publicaciones, entre las que destacan sobre todo los papeles desempeñados por Martín Calafate y Diego Meléndez, y las referidas al patrimonio escultórico y estudios sobre José de Arce.

En el trabajo que comentamos, además de las precisas y necesarias fuentes documentales, Esperanza los Ríos ha consultado prácticamente toda la bibliografía –al menos que conozcamos– relativa a esta decisiva fase de la historia constructiva de la Iglesia Mayor Prioral, la de su reedificación. Igualmente analiza, a pesar de la brevedad del estudio, las diferentes aportaciones y estimaciones que cada uno de los investigadores implicados hacen sobre el grado de intervención de Martín Calafate en el proyecto y ejecución de las obras: los primeros estudios de Hipólito Sancho, y los más recientes de Manuel Toribio, Enrique Ortega y Carmen Perdiguero o Antonio Aguayo –estos últimos publicados por cierto en esta misma Revista de Historia de El Puerto–. También las de Teodoro Falcón Márquez, de obligada referencia en el tema. Pero además ha consultado a investigadores que han tratado la Prioral desde otros puntos de vista, como es el caso Juan-Clemente Rodríguez Estévez, con quien coincide en las consecuencias y resultados del terremoto de 1636 que finalmente obligaron ya a la reedificación del templo.

Con Falcón Márquez coincide en muchas apreciaciones: cuál era estado real y ruinoso del edificio antes del encargo de la obra, cómo fueron construidos los pilares primitivos, el estudio de las condiciones de la obra que fue encargada a Calafate –recogidas todas en un pliego–, los informes emitidos y, prácticamente en la sucesión de fases y avatares que dominaron la fábrica. Justo es decir que en estos términos la coincidencia se hace también con los otros autores que han tratado el tema, pues todo ello se halla documentado en el archivo municipal portuense. Únicamente se aleja de algunos de estos autores en que el artículo al que nos referimos no viene acompañado de las ilustraciones de estos dibujos originales, aunque sí, como no podía ser menos, de su cita.

Resulta, por tanto, interesante la consideración que da a la historia constructiva del edificio, de la que ya se habían hecho eco investigadores preceden-

tes, pero que ayuda a situar y comprender mejor la etapa en la que Calafate se hizo cargo de la misma para proceder a su reedificación. Pues mientras algunos otros investigadores achacan a Martín Calafate el empleo de un lenguaje gótico en un momento que podríamos concebir casi como de esplendor del barroco, De los Ríos Martínez lanza con valentía la teoría de que este constructor comenzó a usar la bóveda de crucería en estos tiempos tan tardíos ya en el edificio portuense sin tintes de primitivismo. Y adelanta la reactivación de los modelos constructivos góticos en el siglo XVII como característicos de la arquitectura gaditana y su importancia como portadores de grandeza y prestigio a estas grandes construcciones religiosas.

Y elemento y ejemplo principal de este modelo es el empleo de la bóveda de crucería. Pero en tiempos tan tardíos, ésta no fue, ni mucho menos, exclusiva de este territorio, pues se han realizado investigaciones sobre el tema para otros puntos del país. Y Esperanza de los Ríos es partidaria de que este lenguaje de tradición gótica fue frecuente en el resto de España y no exclusivamente un arcaísmo de la zona o de este constructor. Y se refiere a un estilo que relaciona con el renacimiento de lo medieval, pues como bien recoge en el estudio, el espíritu y las formas góticas no habían desaparecido del todo, y su empleo posterior podría ser considerado más bien como un afianzamiento de la continuación de una tradición medieval que no se había perdido y que permaneció, durante todo el siglo XVI, con unas técnicas ligadas a la construcción de la catedral de Sevilla –que tanto influiría en toda su zona de dominio– y a la permanencia del oficio artesanal de los canteros y del trabajo de la piedra.

Sin embargo, mientras en Sevilla se evolucionó hacia las bóvedas y cúpulas de ladrillo, en el momento de reedificación de la prioral portuense deja de ser el modelo a seguir en esta zona, lo que debió atribuirse a la abundancia de la piedra en territorio jerezano-portuense, que permitió y quizás condicionó el empleo de estas formas, consideradas hasta ahora como arcaizantes, tanto en la iglesia portuense como en otras cercanas, de Jerez y alrededores. Un aspecto que también trató Pablo J. Pomar Rodil –quien por cierto cita en ya en el año 2000, en un artículo sobre la pervivencia del lenguaje gótico en el barroco, la teorías de Esperanza de los Ríos sobre la inspiración del estilo. En este caso se refiere a la catedral de Jerez, cuya comparación por parte de Ríos Martínez con la iglesia de El Puerto es constante en el estudio en el que centramos estas líneas. Hasta el punto de ser partidaria de que la obra portuense pudo ser modelo de la catedral jerezana e incluso haberle servido como precedente.

En el texto citado, Pomar Rodil eliminaba también, en parte, tal y como afirma De los Ríos Martínez, la concepción de anticuado en estas obras, siendo

partidario como ella de que fueron la proximidad de la piedra y el conocimiento de los maestros canteros, más artesanos que teóricos, los creadores de un barroco-gótico en Jerez y su comarca, muy diferente a lo que a mediados del siglo XVII se hacía en Sevilla que, hasta entonces, había sido una influencia decisiva en la arquitectura de nuestra comarca. Demuestra esta investigadora el conocimiento de la figura de Martín Calafate que, junto con la de Diego Meléndez, fue objeto de su tesis doctoral.

De la lectura de este artículo hay dos aspectos que, en particular, nos han resultado los más novedosos y sorprendentes. El primero de ellos es el carácter innovador que, como a Calafate, la autora le otorga a Francisco de Guindos, sucesor en la obra a la muerte del maestro Antón Martín. Lo que para otros autores fue considerado como arcaísmo –es el caso por ejemplo de T. Falcón– para ella representa una novedad en la época. Y lo segundo, y quizá sea el aspecto que más nos ha llamado la atención, y que considero una hipótesis muy interesante, es la relación que explícita o tácitamente hace la autora al empleo o la denominación de dos estilos que realmente tomarían forma y serían conceptuados mucho después de la realización de esta obra -ya en los siglos XIX y XX- como son el Historicismo y el Eclecticismo y que, quizá ya con su nueva concepción fueron empleados por el maestro de obras de la Prioral en pleno siglo XVII. Desde mi punto de vista es una de la novedades más interesantes aportadas o desprendidas de este artículo. Además, la sensibilidad y respeto hacia el pasado nos hace intuir un movimiento historicista precoz, que se lee entre líneas en este estudio.

Y este nos parece que es el hilo conductor del artículo recensionado: en la reedificación y remodelación de la Prioral se toma partido por un claro eclecticismo que surge de la intención de los comitentes (que aportan el aspecto tradicional) y del manierismo casi barroco de quien realiza la obra (como venía demostrando en otras edificaciones de su Jerez natal). Y esta cercanía a los conceptos decorativos barrocos Calafate los reserva fundamentalmente para la decoración interior y, dentro de ella, para la zona más noble, la nave central, de forma que, sin desviarse del gótico, en la iglesia se consigue un interior barroco, que se logra fundamentalmente con la sorprendente aplicación interior de elementos teóricamente destinados a los exteriores -tal y como indicaban los tratados de arquitectura- como las pilastras y almohadillados. Esperanza de los Ríos analiza los motivos que pudieron llevar a su autor a incorporarlos de forma tan particular, como lo hace también con algunos elementos decorativos muy singulares que, desprendemos, son a juicio de esta investigadora, las señas más personales de Martín Calafate en esta obra.

Dicho ésto, y comprobada la completa bibliografía empleada en este texto, nos resulta sorprendente que la autora no cite o no haya consultado el artículo de Carlos García Peña “Algunas intervenciones del siglo XVII en la Iglesia prioral de El Puerto de Santa María, publicado en 1995 en *Anales de Historia del Arte*, en el que el citado autor hace referencia a ésta y otras obras de Martín Calafate, reflexiona sobre sus intenciones en la obra y coincide en algunas de las conclusiones e hipótesis de Esperanza de los Ríos con respecto a ella. Un olvido o desconocimiento que, aunque valioso, desde luego, no resta interés a un estudio muy interesante en el avance del conocimiento de la evolución edificatoria del primer templo portuense, al tiempo que provechoso para nuevas investigaciones que deseamos lleguen pronto.

**Mercedes García Pazos**  
Historiadora del Arte

**Iniciativa pública y transformación urbana: construcción de equipamientos en El Puerto de Santa María durante el siglo XVIII**

**Jesús-Manuel González Beltrán**

Actas del congreso *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, Tomo II, pp 177-189, Santiago de Compostela, 2009

ISBN: 978-84-613-0638-1

El siglo XVIII trajo para España una etapa de grandes y profundos cambios, entre los que cabe destacar, ya que es el tema que nos ocupa, el gran impulso que se dio a la construcción de nuevas obras públicas y la gran transformación urbana que supuso para las ciudades. Cambios que vendrán de la mano de los nuevos políticos de la Ilustración.

Años de reformismo y progreso, que en el ámbito local dejó su huella en el trazado urbano con la apertura de nuevas vías, parques y paseos e importantes obras de ingeniería que parten de la iniciativa pública.

Durante esa centuria a la ciudad de El Puerto de Santa María se la dotó de importantes infraestructuras y equipamientos públicos por parte de las diferentes administraciones civiles y militares.

Al estudio de estas obras dedica José-Manuel González Beltrán este trabajo que recensionamos, en el que su autor retoma uno de los temas más ampliamente estudiados por él: la construcción del acueducto subterráneo de la Piedad

en la primera mitad del s. XVIII, (*Abastecimiento de agua en El Puerto de Santa María del siglo XVIII “la obra de la fuente”*, APEMSA, El Puerto de Santa María, 1989), a lo que añade, en esta nueva publicación, un breve estudio del resto de obras de infraestructura que se construyeron en esta centuria y que contribuyeron en la nueva imagen de El Puerto como ciudad “moderna”.

Tras la lectura de este breve artículo, es de valorar la capacidad de síntesis de que hace alarde el autor, algo que se agradece, ya que no se limita a acercarnos con su lectura a dar unas breves notas descriptivas sobre las nuevas obras que se acometieron en la ciudad durante este periodo (s. XVIII), sino que dedica buena parte del trabajo a dar noticia sobre los artífices políticos y militares que las hicieron posible. En este aspecto, el autor trasciende el ámbito local para dejar patente la labor que igualmente desempeñaron los ingenieros militares a escala peninsular, cuerpo que vino a sustituir a los arquitectos en el diseño y ejecución de obras públicas, como ocurrió en el caso de El Puerto.

Completa su estudio González Beltrán con una importante labor de rastreo en documentos de Actas Capitulares, en el Archivo Municipal de El Puerto, ofreciéndonos datos económicos interesantes, algunos ya publicados en anteriores trabajos del autor, y aportando otros novedosos, sobre los altos costes que supusieron muchas de estas obras, de cómo se sufragaron por partes de las administraciones y de ciudadanos que debieron de contribuir en su financiación.

Esta comunicación presentada en el marco del congreso sobre *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración* supone una acertada visión general, una aproximación a un tema que sin duda seguirá despertando el interés de muchos para seguir profundizando en él; ya que, pese a haber sido estudiado por otros investigadores, existen sólo trabajos parciales de algunas de las obras aquí descritas, echándose en falta estudios más pormenorizado sobre otras muchas.

**María del Mar Villalobos Chaves**  
Centro Municipal del Patrimonio Histórico  
de El Puerto de Santa María

**Historia social del Palacio de Oneto. Propietarios e inquilinos en tres siglos. Mansiones y linajes de El Puerto de Santa María. Vol. II.**

**Antonio Gutiérrez Ruiz**

Visión Libros, Madrid, 2010.  
ISBN: 978-84-9983-992-9

Con esta segunda entrega de Mansiones y Linajes de El Puerto de Santa María dedicada al Palacio Oneto prosigue Antonio Gutiérrez Ruiz su labor de investigación y difusión de lo que define como “memoria histórica local”, que ya inició con la primera de esta serie dedicada a Las Casas de Pavón. Texto, éste que nos ocupa, en el que la arquitectura residencial se convierte en aglutinante y referencia de un amplio abanico de ocupantes, cuya

relación con el inmueble dejó huellas en sus formas y estructuras. Y es que ésta es la doble línea que subraya todo el texto, cierto que con trazos más gruesos en lo que a los moradores se refiere, pero también con interesantes aportaciones referidas al inmueble, una presencia arquitectónica de fondo en cuyos muros se desarrolló un extenso muestrario social. Aportaciones fundamentalmente documentales, a veces verbales y en ocasiones noveladas referidas a la historia de El Puerto de Santa María construida en este inmueble de la calle Larga. Aportaciones que, pese a la advertencia del autor de evitar “excesivos academicismos” con el fin de hacer amable la lectura, desde aquí nos permitimos recomendar, para los, seguro, próximos volúmenes, que desarrolle en un aparato crítico completo de referencias bibliográficas y documentales. Subsana esta carencia, perfectamente compatible con la amenidad del texto, además de constatar su evidente valor, permitirá el progreso de la investigación futura, ya no sólo en el ámbito local sino también en las extensas ramificaciones que esta narración contiene.

El texto, tras una primera aproximación a los orígenes del edificio, su construcción y entorno urbano, nos conduce en secuencia cronológica a través de propietarios, herederos, inquilinos, arrendatarios, arrendadores, especuladores, figuras que definen la relación de ocupación del inmueble y miembros en suma de las diferentes clases sociales que desde luego habitaron la ciudad: Nobleza mercantil, burguesía comercial, altos funcionarios. Todos de alguna manera utilizaron este espacio doméstico documentado desde fines del siglo XVII y a través del cual, Gutiérrez Ruiz nos muestra ramificadas relaciones familiares y de linajes generadores de una parte importante de la historia social y económica de El Puerto de Santa María. Propietarios, pues, como los Coig, con su completa y compleja genealogía desarrollada en esta páginas; poseedores del palacio durante más de un siglo y cuya presencia, por tanto, trasciende los muros del inmueble. Familia, los Coig, cuyo miembro Joseph adquirió el inmueble a mediados

del siglo XVIII para incorporarlo, junto con otros bienes, al Mayorazgo fundado por él y que con su hijo y heredero, Juan Pedro Coig, darán forma estructural al edificio. Inquilinos ilustres como el Bailio Frey Antonio Valdés o Wenceslao Helm o la familia Albareda representada en la tan decimonónica y polifacética figura de José-Luis Albareda; especuladores como Francisco de Paula Abenoja, relacionado con el cierre y ocupación de soportales del Vergel del Conde; compradores como Sebastián Verges o Tomás Osborne; herederos como Francisco Oneto Rivero, que llevó a cabo importantes obras de reforma, para finalizar con el último morador, Miguel Castro Merello. Todos relacionados con el edificio, algunos con más intensidad que otros, pero todos y cada uno de ellos reflejo de su condición social histórica de la que dejaron muestra en su vínculo con el, finalmente llamado, Palacio Oneto.

Y es que desde este punto de vista del uso histórico, la arquitectura residencial, más que ninguna otra, está intensamente sometida a las continuas variables de funcionalidad y valor económico. Producto de tales factores es la movilidad de propietarios y la adaptación a las formas de vida que suele traer consigo modificaciones importantes en la traza y composición original. El Palacio Oneto es un claro ejemplo de esto que decimos. Espacio transformado, reformado, adaptado a alquiler, modificado en el siglo XIX, desocupado y finalmente rehabilitado justamente como colofón actual de ese devenir de usos, propiedades y modos de vida. Pero a la postre, documento visual en la ciudad de la evolución de esas condiciones históricas que actúan sobre la vivienda, uno de los bienes del Patrimonio Cultural más inestable en cuanto a conservación, pero que son expresión del sentido de cada época y que gracias a la minuciosa labor de Gutiérrez Ruiz hoy, las del Palacio Oneto, ven la luz en este texto.

No me gustaría finalizar la reseña de este interesante libro sin hacer mención expresa a la labor de autoedición del autor: Señalada por él como independencia, valorada por nosotros, los lectores, como encomiable esfuerzo en estos tiempos escasos.

**José-Ramón Barros Caneda**  
Profesor de Historia del Arte  
Universidad de Cádiz

**Nueve bodegueros del Marco del Jerez (siglos XVIII-XX)****Ramos Santana, Alberto y Maldonado Rosso, Javier (eds.)**Cádiz, Quorum Editores, 2010  
ISBN: 978-84-92581-26-9

Este libro que recoge aproximaciones biográficas diferentes sobre *Nueve bodegueros del Marco del Jerez* está llamado a convertirse, sin duda, en una referencia imprescindible para todos los interesados en la historia de esta importante agroindustria vinatera. No sólo eso, su lectura resulta igualmente aconsejable para cualquier lector interesado en la historia económica española y, especialmente, para quienes los están en la historia de la empresa familiar en nuestro país o de las conexiones internacionales del capitalismo español.

Editado por Alberto Ramos Santana y por Javier Maldonado Rosso, ambos de la Universidad de Cádiz y destacados miembros del Grupo de Estudios Históricos Esteban Boutelou, el libro recoge nueve biografías diferentes sobre nueve bodegueros (Juan-José Haurie Pussin, Julián Pemartín, Manuel Moreno de Mora y Cabeza de Mier, Ignacio Fernández de Castro, León de Argüeso, Agustín Blázquez y Blázquez, Manuel-José Bertemati Pareja, Alfonso Sancho Mateos y Pilar Aranda), obra cada una de ellas de un autor diferente (Javier Maldonado, María del Mar Barrientos, Juan-Ramón Cirici, María del Carmen Cózar, Ana Gómez, Alberto Ramos, José Marchena, Bernardo Rodríguez y Lola Lozano, respectivamente). Ciertamente el volumen en cuestión es eso pero es también, atendiendo a una visión holística del mismo, mucho más que eso.

La introducción del volumen, por ejemplo, resume de forma clara y amena alguno de los principales debates académicos desarrollados al calor de los estudios históricos sobre el marco del Jerez así como las aportaciones principales que se derivan de los textos recogidos en el libro. Tal como allí se recoge, parece bastante claro que “en el Marco del Jerez la vitivinicultura se transformó en [una] actividad agroindustrial en el último tercio del siglo XVIII” (p. 10) y que, a partir de entonces, un *bodeguero* no era otra cosa que un “empresario en la fase industrial de la actividad” en cuestión (p. 15). Así, cobra sentido, precisamente, el análisis de las trayectorias vitales de algunos de esos bodegueros, tal como se plantean en el libro. De hecho, una de las ramas que más ha crecido dentro de la historia económica y empresarial española en los últimos años ha sido, precisamente, la biografía empresarial. Considerada hasta hace poco como un género historiográfico menor, nadie duda hoy día de las virtudes explicativas derivadas de las aproximaciones de corte biográfico; especialmente a la hora de dibujar un

lienzo sobre nuestro pasado que, más allá de la brocha gorda busque para hacerlo un pincel fino. O, como en este caso, nueve pinceles finos.

Me parece justo insistir, también, en otro de los aciertos de los editores: más allá de la bibliografía específica que cada autor cita al final del texto dedicado a su biografiado, en la parte final del libro aparece una bibliografía básica sobre la historia de la vitivinicultura del Marco del Jerez entre los siglos XVIII y XX, o sea, un completo listado de libros y artículos sobre el sector que es una herramienta de interés para todos aquellos que quieran mejorar su conocimiento sobre el mismo sin ser especialistas.

Desde el punto de vista de su extensión, los nueve capítulos del libro ofrecen un punto intermedio entre las mini-biografías propias del reciente y polémico *Diccionario Biográfico Español* o de las recopilaciones de los *Cien empresarios andaluces* o los *Cien empresarios españoles*, publicadas por LID, y las extensas biografías de personajes publicadas en un único volumen. Así, en el espacio correspondiente a un capítulo los autores acostumbran a ocuparse no sólo del individuo biografiado, en cuestión, sino también de su familia. En realidad, en las nueve biografías aparecen datos sobre los otros miembros de sus respectivas sagas familiares así como sobre sus principales empresas y bodegas. Es, por este motivo, que, más allá de su valor para la historia local o regional, este libro resulta un trabajo útil para los estudios de la empresa familiar española.

Aunque una muestra de nueve individuos no permite generalizar, no cabe duda que una lectura atenta del conjunto del libro ayuda a certificar o a matizar algunas afirmaciones sobre el sector, de alcance más general. Por ejemplo, a pesar de que las trayectorias de dos de los personajes analizados (Juan-José Haurie y Julián Pemartín) pueden servir para ilustrar la existencia de bodegueros de origen francés, no es menos cierto que las trayectorias de los otros individuos analizados sirven para poner de relieve “el papel de los españoles, comprovincianos y de otras regiones, en el proceso de renovación y capitalización de la agroindustria jerezana” (p. 191). En este sentido, llama la atención, sin duda, el peso de los bodegueros originarios del norte peninsular. De hecho, tanto Manuel Moreno de Mora como Ignacio Fernández de Castro eran oriundos de Cantabria mientras que León de Argüeso había nacido en Arija (Burgos) y los orígenes familiares de Manuel José Bertemati se situaban en Galicia. También los análisis sobre Ignacio Fernández de Castro y sobre Julián Pemartín sirven para insistir en la presencia de capitales americanos (en ambos casos, específicamente novohispanos) en el desarrollo del negocio vinatero.

Las nueve aproximaciones biográficas que configuran el volumen conforman nueve textos de diferente factura, correspondiéndose con la manera de hacer y de escribir de sus diversos autores. Nos encontramos con textos absolutamente impecables desde el punto de vista formal, tanto por su capacidad por ofrecer un relato equilibrado y estructurado como por haber incorporado información sobre las diferentes etapas vitales del personaje y sobre las diversas aristas de su personalidad, más allá de la actividad bodeguera (pienso, por ejemplo, en los análisis de María del Carmen Cózar o de Bernardo Rodríguez sobre Ignacio Fernández de Castro o Alfonso Sancho, respectivamente) mientras que otros autores, por el contrario, ofrecen menos información sobre sus biografiados, condicionados sin duda por un problema de fuentes. Algunos textos se basan, por ejemplo, en información testamentaria la cual, aun siendo rica, no permite reconstruir la complejidad del individuo en cuestión. El conjunto de los nueve capítulos, no obstante, resulta fácil de leer y los nueve textos combinan una preocupación claramente académica con una exposición amena, salpicada a veces por episodios y anécdotas que sirven para ilustrar mejor la vida de un personaje y su época. Solamente en un caso, la biografía que Lola Lozano propone sobre Pilar Aranda, se muestra un tono demasiado hagiográfico, donde la autora vierte algunos juicios de valor lejos de un deseable distanciamiento entre el sujeto que estudia y el sujeto estudiado. En general, no obstante, los nueve capítulos del libro son textos marcados por el rigor académico.

Desde el punto de vista de las localidades donde estos individuos desarrollaron su actividad empresarial y, específicamente, bodeguera, son varias las poblaciones gaditanas a las que se hace referencia, empezando por la capital provincial y siguiendo por Jerez, El Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda o Chiclana de la Frontera. En virtud de sus relaciones con El Puerto, destacan las biografías de Manuel Moreno de Mora así como de Ignacio Fernández de Castro y de Alfonso Sancho. Los interesados específicamente en la historia local de El Puerto de Santa María encontrarán en la lectura de estos tres textos informaciones relevantes sobre la aportación de estos tres bodegueros a la configuración moderna de la población, tanto desde el punto de vista económico y social como, sobre todo, urbanístico. Por poner un ejemplo: la labor de estos individuos en la urbanización del Campo de Guía. Y por poner un segundo ejemplo: las conexiones absolutamente cosmopolitas de esta burguesía portuense, o vinculada a El Puerto, con algunas de las principales plazas mercantiles del planeta, desde Manila a Londres, pasando por París o por Macao. No sólo la trayectoria de Alfonso Sancho (descrita con detalle por un autor que, como descendiente del personaje, ha contado con el privilegio de disponer de un rico archivo familiar) revela su formación en un prestigioso y selecto internado jesuita en Inglaterra, donde pudo estudiar junto a otros jóvenes pertenecientes a algunas de las más

ricas y poderosas familias españolas (Manzanedo, Zulueta, ...), sino que el estudio sobre Manuel Moreno de Mora Cabeza de Mier apunta la intensidad de las conexiones de los Moreno de Mora con Londres, primero, y con París, después.

No cabe duda, en definitiva, que nos hallamos con un libro bien editado, escrito desde el rigor académico y fácil de leer, que permite una aproximación diferente, desde abajo, al mundo de la vitivinicultura del Marco del Jerez desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XX, y que resulta de interés para los interesados en la historia local de la región pero también de la historia económica española.

**Martín Rodrigo y Alharilla**  
Universitat Pompeu Fabra (Barcelona)

### **Los viejos camaradas**

**Santiago Carrillo**

Editorial Planeta, Barcelona 2010  
ISBN: 978-84-08-09280-3

Este libro está escrito por uno de los últimos testigos directos de la historia de España, memoria viva de nuestro país y del movimiento comunista internacional. Santiago Carrillo fue secretario general del Partido Comunista Español (PCE), miembro del buró político y el Comité Central, figura muy respetada de nuestra Transición y espectador excepcional de los acontecimientos históricos del siglo XX, sin los cuales no sería posible entender la España actual.

Según su propio testimonio, Santiago Carrillo pertenece a la generación de 1936, la que él mismo denomina la “generación de la guerra”, de la que forman parte personalidades muy relevantes en distintos ámbitos, la gran mayoría desaparecidas en el transcurso de los años y actualmente sumida en un cierto olvido. Por eso es muy interesante poder contar con una voz tan autorizada como la suya, que mantiene vivo el legado de aquella generación. Su libro ‘Los viejos camaradas’, está escrito desde una visión personal y rigurosa, combinando de forma equilibrada los datos objetivos con la memoria y la evocación. El libro está compuesto de biografías cortas sobre dirigentes y revolucionarios que compartieron militancia con Carrillo en la Juventud Socialista Unificada y el Partido Comunista. Se estructura en seis capítulos, en los que se agrupan las biografías en función del papel de sus protagonistas en uno u otro momento de la historia del partido: durante su etapa inicial, en el momento de su expansión, en la clandestinidad y en la guerra.

El libro se lee con facilidad, está escrito de forma concisa y amena, y se ilustra con fotografías para reforzar sus contenidos. Además de los datos sobre la militancia de los biografiados, sus funciones dentro del partido y sus trayectorias profesionales, las semblanzas recogen en un tono cercano y emotivo la relación personal que existió entre ellos y el veterano dirigente comunista. El libro se nutre así del recuerdo que Carrillo mantiene de sus antiguos camaradas, aunque muchas anécdotas y episodios proceden de los libros de memorias que escribieron los propios militantes biografiados, y posiblemente las cartas y documentos procedentes de la correspondencia con el exsecretario general del PCE.

Queremos destacar especialmente en este interesante libro, el capítulo cuarto, que trata sobre los principales jefes militares comunistas durante la guerra civil. Se compone básicamente de siete biografías, tanto de militares profesionales que permanecieron fieles a la República como de milicianos surgidos del pueblo que obtuvieron relevancia por méritos propios en el trascurso de la guerra. La biografía principal y que abre además el capítulo está dedicada a Juan Guilloto León, Juan Modesto, un miliciano que llegó a alcanzar el grado de general, nacido en El Puerto en 1906 y miembro de una familia obrera, sobre cuya figura estamos realizando actualmente una investigación histórica para escribir un estudio monográfico. Aprovechamos para agradecer a Santiago Carrillo su amable colaboración para elaborar dicha monografía.

Como elemento a destacar llama la atención el número de páginas que destina Santiago Carrillo a la biografía de Juan Guilloto, sólo comparable con la semblanza que dedica a José Díaz, que fue secretario general del partido durante la guerra civil. Este hecho da idea de su especial aprecio y admiración hacia la figura de Guilloto, a quien considera el más capacitado de los jefes militares surgidos de las bases populares del partido, además de uno de sus más fieles pilares en la guerra y el exilio, llegando a formar parte del Comité Central del PCE.

Se puede afirmar que la biografía de Juan Guilloto León se divide básicamente en cuatro etapas: Juventud y servicio militar, Segunda República, Guerra Civil y exilio.

La reseña biográfica del libro arranca en el año 1935, poco antes del inicio de la guerra, en una fase de su biografía en la que Juan Guilloto ha obtenido ya el reconocimiento del PCE y el partido le encomienda misiones de responsabilidad. No se abordan en el escrito los primeros pasos de su militancia en el movimiento obrero y sindical en El Puerto, previos a su entrada en el partido comunista de la mano del médico Daniel Ortega, una primera etapa de su vida que

transcurre en su ciudad natal, recogida en su libro de memorias ‘Soy del Quinto Regimiento’ (París 1969).

Para Santiago Carrillo la figura de Modesto (sobrenombre con el que se le conocía) se corresponde con la del “caudillo guerrillero en la más genuina tradición de nuestras contiendas nacionales”, centrándose su biografía en los aspectos militares del personaje, tanto en el papel desempeñado en la formación del Ejército Popular como en su meteórico ascenso durante la contienda, que le llevó del rango de comandante al de general en apenas tres años, tras recibir el mando de la IV División del Ejército Popular, el quinto cuerpo del Ejército del Centro (uno de los cuatro ejércitos de las fuerzas republicanas) y el del Ejército del Ebro.

Tras ofrecer algún detalle de sus orígenes, “como aserrador mecánico en El Puerto de Santa María”, Carrillo describe el trabajo inicial de Juan Guilloto en la organización de la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA) y de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC), que resultarían decisivas para frenar el Alzamiento en Madrid. Fue en esa ciudad donde le conoció personalmente por primera vez, ya que Carrillo era miembro de la Junta de Defensa de la capital. La biografía enumera las primeras acciones combativas dirigidas por Modesto, en las que coincidió con otros míticos militares comunistas que estuvieron bajo su mando (Enrique Lister, Francisco Galán y El Campesino). Ofrece también algunos ejemplos de sus conocimientos sobre estrategia y su valor en combate (fue herido gravemente al menos en una ocasión), el compromiso moral con sus tropas y su relación con las Brigadas Internacionales. Se hace además una extensa relación de los voluntarios que se incorporaron al V Regimiento en los primeros momentos de la guerra.

La biografía está vertebrada por el hilo conductor de su incansable actividad militar, que viene a justificar su meteórico ascenso en el escalafón del Ejército Republicano, tomando parte en las batallas más relevantes de la guerra (Jarama, Guadalajara, Belchite, Quinto), bajo el mando del general Vicente Rojo, militar profesional, y el comisario político Luis Delage. Sus discrepancias con el ministro de Defensa, Indalecio Prieto, a cuyas órdenes se supeditó el PCE en la política de mando único, también quedan recogidas en estas memorias de Carrillo. Como colofón se introduce el testimonio de Vicente Rojo sobre la moral de victoria que había sabido insuflar a sus tropas antes de la Batalla del Ebro y la foto-fija del alto mando republicano que hace Juan Guilloto en su libro, en su descripción de la jornada previa al golpe de Casado, que puso fin a la guerra civil.

En el libro, la parte dedicada al exilio de Juan Guilloto es más escasa, pese a ser una etapa más desconocida para la historiografía, sobre la que hubiera sido interesante una mayor profundización.

Juan Modesto vivió como exiliado en la Unión Soviética (que le reconoció el grado de general del Ejército Rojo), después en París y por último en Praga, muriendo en esa ciudad de forma prematura en 1969, pocos meses después de la “primavera socialista” de Dubcek, en la que mostró su oposición a la entrada de las tropas soviéticas. Carrillo destaca su fidelidad al PCE por encima de la “abyecta sumisión” a la política del PCUS y su apoyo a la línea representado por Pasionaria y otros líderes comunistas españoles que propugnaban la reconciliación nacional.

**Carlos Benjumeda Arrobas**